

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMENARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION

Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.
Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION:

Baja de S. Pedro, 30
Se publica los Jueves

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de
El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º
Madrid: Barquillo, 5.º pral., int.º
-Alicante: S. Francisco, 28, dup.

SUMARIO.

Aviso humanitario.—Influencia del jesuitismo en la familia.—A mi amigo M. N.—Suscripcion.

AVISO HUMANITARIO.

Un padre de familia que tiene muchos servicios prestados á la causa del Espiritismo, hace tiempo que pasa por una terrible prueba, mereciendo ser auxiliado por todos aquellos hermanos en creencias que se hallen en condiciones de hacer bien.

La consideracion y respeto que debemos á esta persona desvalida, nos priva de poner aquí su nombre, sin embargo, designamos la administracion del *Criterio Espiritista*, de Madrid, San Bartolomé, 13, pral., derecha, para mas informes; los donativos para socorrer esta desgracia, se dirigirán á nombre de Amalia Domingo y Soler, Cañon, 9, pral. (Por Barcelona) Gracia, donde se darán más pormenores si algun espiritista lo desea. Rogamos á nuestros hermanos que en esta ocasion demuestren que los espiritistas van á Dios por la caridad.

INFLUENCIA DEL JESUITISMO EN LA FAMILIA.

DISCURSO LEIDO POR

D.^a Amalia Domingo y Soler

EN EL «CENTRO DE LECTURA DE LA VILLA DE GRACIA.»

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ya que el tema principal de estas conferencias es la moralizacion de la familia, abogando por la íntima union de los séres enlazados por el parentesco ó por la simpatia, justo es, que fijemos nuestra atencion, en el enemigo capital de la familia.

¿Sabeis cuál es? quizá pensareis que es el juego de azar, en el cual el hombre pierde su fortuna en breves segundos, ó el vicio de la embriaguez, que confunde al hombre con el bruto, ó el desordenado apetito sensual que aleja al esposo de la esposa, y hunde al primero en asquerosos lupanares; creereis tal vez que es el vértigo de la politica, porque el hombre exaltado por este ó aquel partido, labra muchas veces la ruina de los suyos, porque pasa su tiempo organizando asonadas, y capitaneando gente sediciosa, en lugar de trabajar para mantener á su familia; quien sabe si os figurareis que nos referimos al lujo immoderado de algunas mujeres que con su loca vanidad arrastran muchas veces á su marido al fondo de un precipicio, porque le aconsejan que tome parte en negocios de sucia procedencia con el innoble afan de que gane mucho dinero: todos esos vicios realmente son los encargados de convertir el hogar doméstico en un infierno; pero á todos estos enemigos se les *vé venir*.

Al hombre jugador se le conoce al vuelo, no hay más que verle, con su mirada incierta, con su color pálido, con su habitual descontento ó su desordenada alegría; el jugador

de oficio no vive como los demás hombres; las continuadas, las violentas emociones que recibe, dejan en su semblante y en su carácter una huella indeleble.

El individuo que se entrega á la embriaguez lleva en su rostro el sello del embrutecimiento.

La persona que busca en los lupanares sus horas de recreo, hay algo en su mirada que demuestra claramente lo grosero de sus aficiones y de sus gustos.

El revolucionario incorregible, el que alborota por costumbre, se dá á conocer en seguida por sus peroraciones, porque siempre es portador de grandes noticias, anunciando crisis y bajas en la Bolsa, de todos los valores públicos.

La mujer vanidosa, esa flor sin perfume, que necesita de todos los encantos del lujo para poder vivir, no hay mas que fijarse en sus ojos y estos dicen claramente que en aquel sér no hay un átomo de sentimiento; de manera, que de esos grandes males, si queremos, podemos librarnos, que con mucha razon dice el adagio *de las aguas mansas librame Señor, que de las bravas me libraré yo.*

El enemigo á quien nosotros aludimos es de índole muy distinta de los que hemos citado anteriormente; se presenta á nuestros ojos con todos los dulces atractivos de la humildad, es un sér amigo que nos ofrece su desinteresado apoyo, que nos dá su leal consejo para guiarnos en el laberinto de la vida: su mision es consolar y conducir á los pecadores por buen camino. ¿Quién no abre su corazon al que nos ofrece su amistad, su valimiento, sin exigirnos otra recompensa á sus afanes sino que nos ocupemos de la vida eterna y de la salvacion de nuestra alma?

Semejante abnegacion, necesariamente despierta en nosotros un profundo agradecimiento; de éste, al cariño, no hay más que un paso, y del cariño á la mas tierna confianza, se desciende tan dulcemente que no nos damos cuenta del cambio que se opera en nosotros.

El que quiere, confia sus mas íntimos pensamientos al ser amado sea en el sentido que sea. El amigo espiritual de la mujer ó del hombre, se hace dueño de todos nuestros secretos sin hacernos la menor pregunta, y este amigo espiritual, este mentor de la mujer, este maestro de los niños, este consejero universal es el enemigo implacable que conspira constantemente contra la verdadera paz de la familia. ¿Sabeis quién es este enemigo? el jesuita en particular, y el jesuitismo en general.

El diccionario define perfectamente al jesuita y al jesuitismo diciendo: *Jesuita* es el individuo de la compañía de Jesús, y hablando metafóricamente *jesuita* es todo aquel que tiene una astucia particular para manejar los negocios del modo mas conducente á sus intereses.—El sujeto hipócrita y solapado.

Jesuitismo es la doctrina de los Jesuitas, y como jesuitismo se considera la conducta artera y astuta, y la hipocresia refinada.

Ahora bien; el Jesuita que se convierte en guia espiritual de la mujer ¿no es por razon natural el enemigo de la paz de la familia? Si; y su influencia es fatal; podrá como individuo aislado ser un santo, pero agregado á la colectividad á que pertenece, es un elemento de discordia; dentro del hogar doméstico, el jesuitismo produce la tisis de la familia.

La compañía de Jesús, la que hace romper á sus adeptos todos los vinculos familiares, la que separa al hijo de sus padres, la que se apodera con medios legales de los caudales de los moribundos, como vemos continuamente, que sin ir mas léjos, en pocos dias han muerto tres señoras, la una en Manresa, que ha dejado sus cuantiosos bienes á los Jesuitas, otra en Zaragoza que les ha legado trece millones de pesetas, y otra en Santander, que ha dejado toda su fortuna á los hijos de Loyola, para que terminen las obras del convento de Suesa y construyan otro convento en Santander, dejando la difunta varios sobrinos en la mayor miseria; ante esta verdadera lucha que sostiene la compañía de Jesús, arrebatando á los parientes de los finados sus verdaderos derechos, haciendo creer que si despojan á los pobres de la tierra, es para conducir un alma al cielo, viendo el botin que recogen los sectarios del jesuitismo tenemos razon para decir alto y muy alto, que los enemigos del hogar doméstico son los Jesuitas.

Si; ellos son los que se introducen en la familia y bajo el manto de la religion siembran la zizaña entre aquellos que debian vivir unidos por los lazos del cariño, ya que lo están por los vinculos del mas cercano parentesco.

Dice un antiguo adagio, *que algo tiene el agua cuando la bendicen*; esto es, cuando se habla de una asociacion como siempre se ha hablado de la Compañía de Jesús, sus motivos habrá. A poco de su fundacion ya se dieron á conocer los Jesuitas; dicha compañía se fundó en 1540, y en 1552, D. Juan Martinez Silicéo, Arzobispo de Toledo, prohibió el confesonario á los Jesuitas de su Arzobispado, y publicó sentencia de excomunion contra los que fueran á confesarse con ellos. Mandó á los Párrocos, y Casas Religiosas, que no dejaran predicar, ni decir misa en sus iglesias á individuo alguno de la Compañía; y prohibió el Confesonario de Toledo á todos los Sacerdotes que hicieran con los Jesuitas los Ejercicios Espirituales.

¿Qué hazañas harian los hijos de Loyola en el breve plazo de 12 años, cuando tanto temia su influencia el Arzobispo de Toledo?

Veamos lo que nos contesta Melchor Cano Obispo de Canarias, que en 1556 dijo: «que de los Jeeuitas es de quien habló San Pablo en el capítulo 3.º de su segunda Carta á Timoteo, en estos términos:

«Pero sabed, que en los últimos tiempos se verán unos hombres amantes de sí mismos, avarientos, vanagloriosos, soberbios, maldicientes, desobedientes á sus padres, y á sus

madres, ingratos, impios, inhumanos, enemigos de la paz, calumniadores, immoderados, sin amor á las personas virtuosas, traidores, insolentes, llenos de orgullo, mas amantes del apetito que de Dios, aparentando piedad, pero verdaderamente arruinarán el espíritu y la virtud..... Introduciéndose en las casas, llevarán tras de sí, como cautivas, mujercillas cargadas de pecados y poseidas de diversas pasiones: siempre aprendiendo, nunca llegarán al conocimiento de la verdad; del propio modo que Janes, y Mambré resistieron á Moisés, de la misma suerte se resistirán estos á la verdad; son hombres perversos en el espíritu, y corrompidos en la Fé. Mas los progresos que ellos hicieren tendrán sus límites: porque últimamente será conocida su locura de todos, así como lo fué entonces la de los Mágicos..... Todos los que quieran vivir en paz en Jesús nuestro Señor, serán perseguidos; pero estos hombres malos, é impostores, se fortalecerán de cada vez mas en el mal, engañando á los otros, y engañándose á si mismos.

Ya vemos como consideraba Melchor Cano á los Jesuitas, y el que tambien los apreció en todo su valor, fué Jorge Bronstvel Arzobispo de Dublin que dijo en 1558:

«Hay una Compañía, que se ha levantado poco tiempo hace y se llama *de Jesuitas*. Engañan grande número de personas: viven la mayor parte como los Escribas y Fariseos. Con el tiempo intentarán abolir la verdad: llegarán casi á su deseado fin, porque este linaje de gentes tomará varias formas. Con los gentiles serán gentiles: con los ateistas serán ateistas: con los judíos serán judíos: con los novadores serán novadores, expresamente para conocer vuestras intenciones, vuestros designios, y vuestros deseos, y vuestro corazón; y de este modo quedareis semejantes al hombre insensato, que dice en su corazón: *No hay Dios*.

»Estando estos hombres (*los Jesuitas*) derramados por toda la tierra, serán admitidos en los Consejos de los Príncipes, los cuales por esto no serán mas sábios. Los encantarán de modo, que los obligarán á que les revelen sus corazones, y sus mas ocultos secretos, sin que ellos conozcan este intento: lo que les acontecerá por haber abandonado la Ley de Dios, y su Evangelio..... Con todo, Dios, para justificar su Ley, por último cortará prontamente esta Compañía con las mismas manos de aquellos mismos que mas la habrán socorrido, y mas se hubieren valido de ella; de suerte, que al fin los *Jesuitas* se harán odiosos á todas las naciones, serán de peor condicion que los judíos, no tendrán lugar fijo en la tierra, y entonces un judío hallará mas amparo que un *Jesuita*.»

Se cumplió en parte la profecía del Arzobispo de Dublin, porque los Jesuitas han sido expulsados repetidissimas veces; de Francia han sido arrojados en 1594 en 1762 y en 1880. Fueron expulsados de Portugal en 1779; de Rusia en 1719 y en 1817 y de España en 1767 en 1820 y en 1868; pero ellos resisten á todas las tentativas de las naciones que han querido amenguar y disminuir su poder, y salen siempre victoriosos porque es suya la mujer.

Clemente VIII, en el discurso que hizo en 1592, exhortando á los Jesuitas á la reforma les dijo, entre otras razones:

«Quisiera saber, qué haceis todos los dias metidos tres, ó cuatro horas en el confesionario con personas que se confiesan todos los dias; porque estas almas timoratas, que frecuentan tanto los Sacramentos, no pueden tener nada, ó casi nada que os digan, que necesite absolucion. Yo no puedo dejar de inferir de aquí, y de este uso, una cosa que se os arguye, y es, que por medio de la confesion sabeis muy bien todo lo que pasa en el mundo. ¿Pero puede darse abuso mas horroroso que servirse de un Sacramento tan santo para adquirir noticias tan profanas?»

En el confesionario precisamente, es donde tienen los Jesuitas la varita mágica: que les sirve para sus obras de encantamiento, allí es donde se apoderan de los secretos de la familia, allí es donde se hacen dueños moralmente de la conciencia de la mujer; pues si bien hay algunos hombres sujetos á su confesor, las mujeres generalmente son las que buscan en la religion, las unas un entretenimiento, un pasatiempo, una distraccion, un medio de lucir y de llamar la atencion; las otras, ese cariño, esa condescendencia que no suelen encontrar en su marido; la mujer, lo hemos dicho muchas veces, y no nos cansaremos de repetirlo, vive sola, completamente sola, dejando aparte algunas excepciones; pero la mayoría de las mujeres no encuentran en su marido esa paciencia, esa amabilidad que necesita ese sér esencialmente sociable; la mujer es muy comunicativa, muy expansiva. ¿No la veis? desde pequeñita se forma familia con las muñecas y con los animales domésticos: conocemos á una hermosa niña que careciendo de muñecas viste á un gato pequeño como si fuera uno de esos muñecos llamados niños llorones, y le habla, y le pasea, y le acaricia; en cambio el niño, sus juegos son de muy diversa índole; este hace caballos de todas las sillas y bastones que encuentra, y les grita, les amenaza, y les golpea si con alguna cuerda puede formar un látigo; el hombre siempre quiere mandar, la mujer siempre quiere querer; y es religiosa porque la religion la ofrece varios efectos: quiere al confesor, porque este escucha con paciencia todo lo que ella le cuenta; quiere á las imágenes que venera, la mujer necesita querer algo; la religion le agrada porque la ofrece múltiples afecciones; y el jesuita convertido en confesor se apodera en absoluto del alma de la mujer; no solamente de las mujeres que viven solas en medio de su familia, sino de aquellas que viven halagadas por todos los amores de la vida; mujer hemos conocido adorada de su marido y querida de sus hijos que se ha dejado seducir moralmente por su confesor, y éste ha sido el árbitro de las acciones de aquella mujer que, entre su marido y su fanatismo religioso, se ha dejado subyugar por este último y ha obedecido ciegamente á su guia espiritual, desoyendo las razonadas advertencias del hombre que

al pié de los altares le dió su nombre y su amor, cuando para los dos sonreía la hermosa juventud.

La influencia del jesuitismo en la familia, es tan perjudicial como la sombra del Manzaniello, cuyo fruto encierra un activo veneno, y cuyas hojas tienen una influencia mortífera sobre el fatigado viajero que se duerme bajo su follage. Tenemos pruebas innegables de lo que decimos, y aunque sea á grandes rasgos vamos á referir un hecho que ha causado la completa desunion de una familia respetable, enlazada por el amor mas puro.

Un amigo nuestro, despues de muchos años de matrimonio, al casarse su primera hija, tomando por modelo á su esposa, inspirándose en el plan de vida que habia visto en su casa, la vispera del dia en que debia celebrarse la boda, escribió una carta que tituló *Consejos á mi hija*; dicha carta vamos á copiarla íntegra, porque ella nos revela todo el amor, toda la prevision de un padre que ha vivido consagrado á la educacion de sus hijos; el hombre que escribió tan prudentes consejos tenia paz en su hogar, no nos cabe la menor duda; su alma reposaba tranquila en el santuario del amor conyugal, una mujer solícita y amante debia sonreírle y acariciarle, este hombre debia cruzar sereno el embravecido piélago de este mundo; para escribir del modo que él escribió, el espíritu necesita gozar de esa tranquilidad íntima que nos predispone á formar un plan de vida armónico. Escuchemos á un hombre que sonreía en la tierra, á un padre amorosísimo dando consejos á su hija.

CONSEJOS A MI HIJA.

«Vas á entrar, mi querida M., en un estado para el cual no están generalmente preparadas todas las jóvenes, pero que yo, en el curso de educacion que he seguido contigo, he procurado hacerte entrever con el tacto y la delicadeza que reclamaba tu inocencia. Esas indicaciones y la claridad de tu inteligencia, te habrán sin duda llevado á la reflexion de su importancia como Sacramento y como posicion social, para comprender los deberes que impone; pero por mucho que pueda profundizar tu investigacion en tan serias meditaciones, nunca alcanzaran todo su valor, tu inesperienza y el recato de tus principios.

»Hay en la santa institucion del matrimonio deberes graves y solemnes, que, en el órden social, preparan un bienestar de paz, de tranquilidad y de satisfaccion en el hogar doméstico; y en el físico, alimentan y reproducen los encantos de un amor puro y casto. Estos deberes están al alcance de cualquiera mujer de buen sentido que oiga solo el eco de los dulces instintos de su sexo, y quiera dejarse llevar por la suave corriente de su conveniencia, sin temor de que se desprenda, siquiera una hoja, de la flor preciosa de su pudor, que ha de conservar sin tacha, fresca y pura en todas las situaciones de la vida.

»Al separarte de mi lado, ya que nó de mi amor, para unir tu suerte al hombre de tu eleccion y de mi aprobacion, oye una vez por todas, explícitamente, la base de esos deberes.

»¿Aspiras, hija mia, á la felicidad posible en la tierra? Nada más natural, y nada tambien más justo para un alma llena de virtudes como la tuya. Desde luego tienes dado en ese difícil camino un paso muy importante, con haberte inspirado en principios religiosos é instructivos, con haber arrostrado heroica y cristianamente las horas terribles del infertunio que á la Providencia plugo enviarnos; con haber sido una hija dócil, sumisa, resignada y obediente, y con haber sometido tu inclinacion natural á la voluntad de tus padres; pero ten entendido, que la mujer en cualquiera de sus estados de madre, de esposa, de soltera, de hija, jamás podrá alcanzar esa grata aspiracion, si no va dejando en su camino una huella de paz, de dulzura, de consuelo y bienestar, y llega á formar la alegría y la felicidad de todos los que la rodean.

»Los espléndidos y luminosos fulgores de la satisfaccion propia nunca llegan á apercibirse por las almas elevadas, sino cuando irradian sus brillantes rayos de luz sobre los seres que forman su cortejo. De esta manera, la mujer, inclinada por instinto á todo lo manso, y dulce, y bueno, si una mala educacion ó un pérfido ejemplo no han secado esas preciosas semillas que la Naturaleza implantó en su corazon; y dotada casi siempre de sentimientos de piedad y de abnegacion, no puede sentir su corazon henchido de completa alegría, sin ver con orgullo reflejados todos los tintes de su felicidad, sin transmitir los flúidos embriagadores de sus puras emociones hasta los seres más abyectos entre los que forman su inmediato círculo social.

»La felicidad que no se revela en cuantos rodean á la mujer, es como un hermoso rosal en medio de un impenetrable campo erial, cuya fragancia nadie aspira y cuya belleza se esconde en la indiferencia y en el hastío, hasta que en breve agosta su estéril esencia y muere sin ser apercibido ni sentir el vivificante rocío de una mano amiga que, embriagada, recoja su aroma delicioso.

»Si, pues, la mujer en todas las situaciones de la vida, ha de procurar la felicidad de los que forman su rededor, tu primer cuidado ha de ser el de estudiar el carácter de las personas en cuya familia vas á entrar, y especialmente el del hombre á quien ya entregaste tu amor y tu fé, y vas ahora á jurar sumision y obediencia. El círculo en que has de moverte es muy estrecho, y con un poco de tacto y el buen sentido que tienes, llegarás á conocer los a-tros que giran en esa esfera de familia para hacerte el centro á que aquellos converjan, captándote el amor, ó la estimacion y confianza de todos, y atemperándote sin humillacion á las costumbres, á los hábitos, á las opiniones de cada uno, sin que parezca que hay estudio en conseguirlo.

»En los primeros momentos es cuando más debes revelar esa espontánea deferencia cualesquiera que sean los esfuerzos que te cueste, así porque esto te abrirá el camino de futura abnegacion que has de seguir, como porque la primera impresion es la que marca una huella más profunda de adhesion, tolerancia y simpatía. Mas tarde, el conocimiento de tu docilidad, el afecto mútuo que va engendrando el trato íntimo de familia y el estudio reciproco de los caracteres, van dando entrada á modificaciones, que, insensiblemente, entre personas bien educadas, concluyen por unificar las voluntades y los gustos.

Otros padres, otros hermanos, nuevos parientes y criados subrogarán á los que arrullaron tu cuna, te acompañaron en tu niñez, te colmaron de ternura en tu juventud y te han admirado y amado hasta este momento.

»La felicidad se te ofrece entónces bajo un prisma de belleza y esplendor que puede halagar, pero no satisfacer de un todo tu corazón, si á las emociones que produce, no van unidas las de una convicción íntima de tu buen proceder como esposa, y una confianza inalterable en el amor, y en la admiración y aprecio del hombre á quien confiaste tu destino.

»A conseguir estos dos objetos debes consagrar tus más preferentes esfuerzos: pues todas las brillantes ventajas que te brinde el mundo, son, como tú conoces, humo leve que se disipa al soplo de ligera brisa sin dejar una huella visible, mientras que los dolores del corazón herido por la indiferencia ó el desprecio del que debe estimarlo como un tesoro inapreciable, labran y duran por toda una eternidad.

»Lo primero que has de procurar, es leer en el semblante de tu esposo, sus instintos, sus inclinaciones, las tendencias de su carácter, sus sentimientos y opiniones, con el único fin de identificarte y de encarnarte en todas sus ideas, sin limitación alguna. El hombre, acostumbrado á dominar por su temperamento y educación, y designado como jefe de la familia que forma, siente naturalmente herido su orgullo y su dignidad, si en la mujer que debe ser para él toda templanza y dulzura y que le ha jurado al pie del altar obediencia y respeto, se revela, siquiera una vez, oposición á su voluntad; y todavía es más profunda esa herida, si la contrariedad se expresa con marcada acrimonia. La conducta de la mujer es entónces injustificable, y las consecuencias de su falta pesan muy pronto en la balanza de su vida.

»En la unión marital y en el seno de la familia, no debe haber más que una voluntad, á la cual han de plegarse las demás. Esta sumisión es tan suave y halaga tanto el amor propio y los tiernos sentimientos de una esposa amante, que, en demostrarla, encuentra siempre un placer inefable; y su ejemplo imprime tal carácter de confianza y convicción en la familia, que, inconscientemente, llegan á confundirse todos en un solo pensamiento, dejando satisfechos los corazones y sembrada una semilla que ha de dar preciosos frutos de orden, respeto y tranquilidad en el curso de la vida conyugal.

»Al entrar en el asilo del esposo, la mujer debe cambiar los hábitos, la educación y el carácter que imprimieran las costumbres de la casa paterna, por los que encuentre establecidos, ó quiera que rijan en la suya, el hombre á quien hizo su jefe y su Providencia en la tierra, y á quien Dios le manda seguir, abandonando sus padres y demás afectos. Si se exceptúa la casi imposibilidad del deshonor propuesto por un marido, nada hay en el orden social, moral y religioso que atenúe la falta de la mujer en ese sentido. La seriedad, el desvío, la acritud ó cualquier otro signo ostensible de resistencia á identificarse con su esposo, faltando á su deber más imprescindible, es inmediatamente precursor del resfriamiento en el ardor apasionado de éste, de tibieza en su estimación, y gradualmente, con una corta continuación de ese funesto sistema, del alejamiento de la paz y de la felicidad domésticas, con los consiguientes escándalos, ruina de intereses, desgracia y mal ejemplo para los inocentes hijos, y crímenes que no me atrevo á mencionar, M. querida, porque espero en Dios que no se presentarán en la senda práctica de tu vida. Solo la educación, una religión profunda, y la evocación santa de un amor sincero, pueden á veces hacerse superiores á la irritabilidad y amargura que producen en un hombre que tiene conciencia de sus derechos y llena los deberes de su estado, la contrariedad de su esposa, de su compañera, de la que el Cielo le entregó para que se encarnara en él, y oyese su voz, y fuese su eco, su reflejo, y su consuelo en los reveses de la vida.

»No, por Dios, M. mía, jamás tus acciones, ni tus palabras, ni tus gestos se separen de los pensamientos de tu esposo, aunque tengas que sacrificar tus convicciones y los afectos más arraigados de tu corazón. No dejes que ni una sola vez se descorra el velo del respeto que ha de existir intacto entre ambos, y que puede desgarrarse al primer choque imprudente de opiniones encontradas; ni des lugar á que se infiltre la desconfianza, y como áspid venenoso, roa el corazón del hombre que, obcecado ó no, irascible, temerario quizás en sus ideas salva tu amor y lo conserva puro al través de las borrascas de las pasiones, y solo puede herirlo mortalmente la horrible expectativa de no encontrar en el ser débil que aceptó su protección y su destino, que colmó de toda la ternura posible á su alma, esa uniformidad de pensamientos que un amor casto siempre engendra y que el deber más sagrado impone. Herida cruel, M. mía, cuyos dolores pueden disimularse por naturalezas muy privilegiadas, pero cuya cicatrización está reservada solo á la muerte.

»La mujer con su dulzura y sumisión consigue dominar las naturalezas más irritables y violentas; y si estudia las oportunidades de entrar en conferencia con su esposo sobre los puntos en que su delicado buen juicio le hace mirar las cosas en sentido contrario que á éste, pueda estar segura del triunfo de su razón y del imperio de su opinión. El hombre, generoso por instinto, está siempre predispuesto á someterse á las influencias que hablan al corazón, cuando se ejercitan en el estado normal de su espíritu; y así como, rechaza con acrimonia y hasta con irascible despotismo, las advertencias contradictorias de los que, en sus momentos de pasión, se hallan bajo el imperio de su autoridad, oye y acoge aún con gratitud, las reflexiones que se le hacen en calma, inspiradas por su propio interés, y con los atractivos poderosos del amor de una esposa, nunca contemplada con más ternura, y admirada con más entusiasmo que cuando nos salva de un abismo con el poder de su palabra. ¿Qué puede negar un hombre, por violento é iracundo que sea, a la esposa, que en horas de calma y emoción, le hable en nombre del amor y en interés de la familia común, cuando ningún recuerdo ingrato viene á mezclar su acíbar á esas íntimas expansiones del afecto conyugal? Y si una lágrima de gratitud se desliza por las mejillas de la esposa, ¿cuán alto no eleva su mérito, y se engrandece para el marido honrado y digno el amor que le profesaba, y el agradecimiento que le debe por haberla dejado oír sin exasperarlo, la voz de la razón y de la conveniencia!

»Procura, M. mía, rodear á tu marido de todo el prestigio á que es acreedor por solo ese título; siendo tú la primera en reconocer y confesar sus virtudes y ocultar sus defectos, sin permitir que nadie los mencione ó los censure; separándote de toda sociedad en que tu debilidad te prive del placer de vindicarlo, pero sin incurrir en la falta de decirle el ataque que se hace á su persona, para no exponerlo á un

exceso funesto de venganza. Tu deber en este caso, es emplear con tacto y amorosa solícitud los medios de sustraerlo de la crítica de los demás, estudiando y aprovechando los momentos oportunos.

»Nada hay más ridículo y degradante para una mujer, que hablar siquiera sea confidencialmente y con el mejor de sus amigos, de los vicios de su marido ó de algunas rasgos de su vida íntima. Las discusiones domésticas de cualquiera importancia y las expansiones de la vida conyugal, no deben salir de los estrechos lindes que recibieron las primeras impresiones de un casto y recíproco amor. Nada debes en fin hacer saber ni dejar traslucir que no respire el respeto, la consideración y el cariño que compete á tu marido: y ese ejemplo, más elocuente que todas las formas, hará, que no solo tus hijos, tus criados y los extraños tributen iguales atenciones al jefe de la familia, sino que seas honrada y estimada, á la vez, por los indiferentes, y ensalzada y venerada por los tuyos

»Practica los actos religiosos que tu profunda fé en la divina Providencia te inspire, tomando por lemas la Humildad, el Amor y la Caridad con que el divino Maestro nos enseñó su purísima doctrina; rechaza el egoísmo y la intolerancia que son estelas engañosas que conducen al horrendo piélago del fanatismo donde se sumergen los más nobles atributos que Dios al hombre imprimió en el albedrío y la razón; busca en el modesto círculo en que te muevas lo que solo sea objeto de estudio para alcanzar tus elevadas aspiraciones al bien y á la virtud, despreciando la vanidad, el baile y demás frivolidades de la sociedad para escapar del ridículo y de los tiros envenenados de la maledicencia; cultiva en fin, la feliz inteligencia con que á Dios plugo dotarte, no solo para que conserves y adelantas lo que con tanto afán has adquirido con mi eficacia y tu estudio, sino para que hagas amena la sociedad, á tu esposo y á tus amigos, y trasmitas un día tus conocimientos, y formes el corazón de los hijos que el Señor te diere, con la perseverancia, el amor y el buen éxito que has visto en mí.

»En el orden físico tienes, M. querida, otros deberes no menos importantes que cumplir. Procura ante todo el aseo constante de tu persona, interior y exteriormente, y no dejes decaer con el abandono de tu traje las gracias y los atractivos naturales con que fijaste el corazón de tu esposo, aunque para ello te sea necesaria esa coquetería de buen tono, inherente á las señoras honradas de la Sociedad. Ten presente que en el lo único que es disimulable la ficción ó la exageración en la mujer, es en la expresión del afecto conyugal hasta el límite en que se pueda satisfacer el corazón del hombre que la ama, porque llena de esa manera su primer deber, que es hacer la felicidad de éste, dejando ilesa su conciencia.

»El aseo personal y el uso moderado é interrumpido de algunas esencias, rejuvenecen el amor y evocan siempre recuerdos gratos de las primeras impresiones con que aquel se formó; y cuando no se presenta ninguna de esas circunstancias que hacen aparecer á la mujer como un sér humano y material, la imaginación entusiasta y ardiente del marido enamorado, se complace en contemplarla siempre como un espíritu celeste desprendido de la Altura para embriagar de felicidad con étereos flúidos todos sus sentidos.

»Para ser pulcra la mujer, para consultar directa ó indirectamente los gustos de su marido y para recatarse en fin, de todo lo que ofenda la inocencia y lastime la exquisita susceptibilidad del amor nunca es vieja la mujer, ni ha podido establecerse confianza entre los cónyuges, ni han decursado muchos años de matrimonio. La honestidad y el decoro nunca envejecen, y mientras más tiempo decurse, y la incuria de los años vaya imprimiendo su deletérea huella sobre el rostro de la mujer, mayores deben ser los esfuerzos de esta para ocultarla á su marido, con preferencia á los demás, y mayor por consiguiente su disimulo para parecer bella y regenerar las ilusiones prontas á debilitarse con hielo de la edad; ataviando su persona graciosa pero modestamente, y alejando de sí todo lo que de material ó común pueda manifestar á su marido.

»Ten por principio, seguir sus gustos en las cosas más triviales de la vida, pues ninguna satisfacción exterior con que el mundo pueda halagarte, compensará un momento de amargura que tú proporciones, por un capricho estéril, al hombre que te consagró su amor y juraste complacer. Que su voz sea en fin, lo que prevalezca en el hogar doméstico, y que tú la primera, impongas silencio al sordo murmullo de de aprobación, que pueda levantarse contra sus más leves insinuaciones.

»Si un día la Providencia te hace conocer los sublimes é inefables amores de madre, que este nuevo y misterioso afecto redoble las atenciones, cuidados y el cariño hácia tu esposo, porque ya no es para tí sola para quien necesitas é imploras su amor y su protección; es también para el fruto precioso de tu casta unión, que desde el primer soplo de vida en tus entrañas reclama toda tu abnegación y hasta el alimento de tu propia sangre, y pocos esfuerzos necesitarás para que la naturaleza hable en tu favor restituyéndote el amor y la ternura para ambos, si alguna ráfaga violenta de malas pasiones ha podido arrebatarnos un momento del corazón de tu esposo. Porque los hijos entre personas que sienten la influencia de la instrucción, de la honradez y de la religión, vienen á ser el iris de paz que asoma siempre risueño para calmar las borrascas, y restablecer la dulce armonía en el hogar íntimo de la unión conyugal.

»Hé aquí, M. mía, los *consejos* que inspira el amor paternal más puro al que tuvo la suerte de darte vida y guiarte con solícita ternura en tus pasos juveniles, hasta este momento en que voy á ponerte bajo la dirección del nuevo protector que Dios te ha marcado, abjurando de toda intervención en tu futuro destino. Creo haberte preparado para la grave misión que vas á desempeñar y espero en el Sér Supremo, que te dará su gracia para llevar los serios deberes á que te sujeta. El anteojo de mi inalterable amor te observará desde lejos para seguir tus pasos con vigilante afán. Si eres feliz obteniendo el premio de tu buen comportamiento, el esplendor de tu felicidad penetrará hasta el horizonte oscuro de mi vida: si víctima de malas pasiones ó de la injusticia de tu marido, viertes amargo llanto, mis lágrimas te acompañarán desde allí; pero si la crueldad de nuestra suerte te arrastrase al más leve criminal olvido de tus deberes, me verás aparecer severo al lado de tu marido, y recobrar mi autoridad de padre en nombre de Dios, para pedirte cuenta de mi educación, de mi religión, de mis principios y del inestimable y único tesoro de mi honor, que aspiro á que siga incólume en cada uno de mis hijos, aunque sea preciso arrostrar el martirio y la muerte.

»Las virtudes que llevas sembradas en tu alma, el amor filial que me has relevado, la serenidad y resignación en las dolorosas horas de prueba y la claridad de tu inteligencia, me ofrecen suficiente ga-

ranza de que esos dias de amargura no llegarán para nosotros, y de que están reservados para tí glorias y contentos que los espíritus elevados aspiran con inefable encanto en el silencioso y modesto asilo conyugal, centro exclusivo de los gozes más puros de la vida.

»En medio de ellos, ó en las horas de duda ó de tribulacion, vuelve la vista, M. querida á estos apuntes que podrán tal vez servirte para detenerte en el umbral, ó para alentarte en las dificultades, ó para disipar tus temores, ó darte en fin, la virtud de la resignacion, porque ellos son la expresion pura de amor, del que más te quiere, de tu padre.

¿Qué revela esta carta? un profundo conocimiento de la vida, una calma perfecta en el hogar doméstico, un buen método de educacion; este hombre era todo lo feliz que se puede ser en la tierra, el 11 de noviembre de 1866.

El 4 de Enero de 1882, este mismo hombre, escribió otra carta dirigida á un ministro de Dios, de la cual copiaremos algunos párrafos para que sirvan de epílogo á una verídica historia. Dice así el citado escrito:

«Señor: la obra infame que principió en París, un Ministro, llamado por sarcasmo, de Jesucristo, separando á una hija del respeto, de la gratitud, de la veneracion y del amor que debe á su padre, habeis, vos, su digno sucesor, venido á continuarla aquí, rompiendo los lazos que la Religion impía de vuestro corazon no puede santificar. Ambos sois los Publicanos arrojados del Templo que querian convertir en cueva de ladrones, y nunca esta doctrina ha podido ser mejor aplicada que con los que incitan, por interés, á una hija y á una esposa, antes tan dulces, respetuosas y ceñidas al círculo de su deber, á la rebelion, al desprecio y á la expulsion del padre y del marido, que treinta y nueve años les ha dado vida, instruccion, honra, gloria y amor puro.

»Vuestra moral no retrocede ante ningun obstáculo por llegar á la satisfaccion de vuestro egoismo y ambicion. Habeis comprado con la astucia el vasto capital de la hija que aquel falso Ministro, por su interés arrancó del amor y de la bendicion de su padre. — Os habeis apoderado tambien de la conciencia extraviada de la esposa que, por treinta y nueve años, fué un ejemplo de respeto hácia su esposo; y hoy, por vuestro fatal criterio, le arroja ciego inmundo á la frente, que revocaria sobre la suya, si pudiera mancharla. Vuestra ambicion moral y vuestro bolsillo están satisfechos. Gozad esos fatídicos láuros, pero sabed que á nadie engañais, y que todos os conocen y os señalan como el Prelado de la hipocresía, de la astucia y aun de la ignorancia, de la Comunidad Jesuítica en que ostentais vivir por conveniencia. Pero si podeis acoger algun fugitivo sentimiento cristiano, pensad, y temblad; porque la justicia del Dios perfecto que ni vos, ni vuestro predecesor conoceis, no se hace esperar mucho cuando se atacan vínculos tan sagrados.

»Habeis disuelto el matrimonio que habia prescrito, por treinta y nueve años de amor y de armonía, su eternidad. Ese sello de ódios que le habeis impuesto para matar toda esperanza, lo querreis arrancar en vano, cuando lleguen los remordimientos y el crujir de dientes de la Escritura, en que vuestro cómplice y vuestras víctimas os han de acompañar.

»Mientras tanto, mi conciencia está pura y mi inteligencia serena para perdonaros á todos como cristiano, así, como para imponerme á vos lleno de altivez y dignidad, como hombre y como caballero.

¿Qué diferencia tan inmensa existe entre estas dos cartas! ¡las separa un abismo! ¡un abismo tan insondable como la eternidad!

La primera es la luz! la esperanza! el canto de los ángeles! la sonrisa del cielo!!

La segunda.... ¡ay! la segunda es la muerte!.... es la lápida mortuoria que ha puesto el fanatismo religioso sobre la tumba de la felicidad de una familia!

El autor de estas dos cartas tuvo que estar separado de los suyos tres años, para arreglar la herencia de una de sus hijas que habia quedado viuda; y durante este tiempo, un padre Jesuita logró captarse la confianza de aquella familia, consiguió que la jóven viuda, (inmensamente rica) hiciera un casamiento ventajosísimo para la compañía de Jesús, y separó con sus malas artes á un matrimonio que durante treinta y nueve años habian vivido el uno para el otro consagrándose á la esmeradísima educacion de sus ocho hijos, siendo una familia modelo que cuantos la conocian la envidiaban. Un amigo de estos desgraciados que hizo una breve reseña de sus desventuras, decia al final de sus apuntes:

»He concluido la síntesis de una historia larga, dolorosa, lamentable, que he ido viendo deslizarse en el santuario de una familia que amo y trato íntimamente, que he admirado por sus virtudes, por su clase, por su posicion, por su inteligencia, y á cuyo frente se halla un hombre respetable por su notoria hidalguía, cultura y probidad, venerado por sus sentimientos cristianos, su abnegacion por la humanidad, su amor ilimitado por esa familia, hoy segregada, disuelta, y sobre la cual tiene que cernirse constantemente el cuervo negro de la desgracia, y no encontrarse jamás la paz de la conciencia en ninguno de sus importantes miembros.

»No hay ya seguridad en la existencia pacífica de ningun matrimonio, cuando se han roto las ataduras del que yo he visto formar con la armonía de sentimientos más leal, y fomentarse y seguir por cuarenta años con inalterables y más bien crecientes entusiasmo y pasion.

»No hay tampoco fé posible en los resultados de la educacion, cuando miro yacer en el volvo de la destruccion y de la nulidad la que con tan perseverante esmero he visto dar personalmente á los hijos de este matrimonio en el sentido de la moral, de la instruccion y de todas las virtudes. Hoy el trabajo y los sacrificios que yo, imparcial y extraño á la familia, conozco y puedo aquilatar, todo está perdido: y de aquellas bebidas purísimas, que muchos veníamos agrupados á sorber de doctrina, de instruccion y de ejemplo, donde mucho habia que ofrecer, no quedan más que las heces venidas en rápida ebullicion de diez meses sobre la superficie, para lanzar al fondo las glorias purísimas que no fascinan, del amor de cuarenta años á la familia y á las dulces expansiones del hogar. Ay! Triste es pensar que no volverán

ya, para esos corazones demasiado lastimados y dignos de compasion; y mas triste todavia cuando evoco la vida apacible, la abnegacion, la dulzura y las virtudes morales desplegadas en las vicisitudes comunes tan dificiles de la suerte, por esa madre que nadie hubiera pensado capaz de lastimar con un pensamiento á nadie y mucho méenos al que era su protector y su único amor. Solo el fanatismo pudiera haber segado con su afilada hoz recuerdos, sentimientos y prácticas de tantos años que tan felices, hasta el idealismo de lo etéreo, han hecho á estos dos esposos, ambos nobles, generosos y grandes en lo moral, para haber preparado con su honrosa vida social tantos láuros, hoy marchitados, á sus distinguidos hijos.

»Termino con mi cabeza serena, la fé en el corazon y la seguridad en los hechos, pero no he creído de conciencia en un criterio cristiano dejar de hacer conocer, aunque en concreto, esta historia de actualidad que tantas enseñanzas ofrece de la debilidad humana, y de la influencia deletérea de las pasiones si no se equilibran en la balanza del deber moral y social. Igualmente para que, con este ejemplo, que aun conmueve, formemos todos los cristianos y hombres de buena voluntad una cruzada vigorosa contra esa horda de Publicanos fementidos é hipócritas, que, con abuso de su Ministerio Sacerdotal ó Social, perturban friamente la moralidad y la paz de las familias sencillas y arrebatan de su apacible santuario las lluvias ténues de amor y de ternura para lanzarle las tempestades de las pasiones. Algo conseguiremos, si, unidos, podemos arrancar la máscara, á algunos de esos fariseos y siempre será un triunfo; porque si cuarenta años de amor y estimacion más puros no han podido preservarse, aparecerá con vergüenza para la moral una omnipotencia suprema en el FANATISMO y un foco absorbente de males en la VANIDAD.

A esto indudablemente aspira el Jesuitismo, á convertir en omnipotencia suprema el fanatismo religioso de la mujer; halagando al mismo tiempo su vanidad, que es el demonio tentador que la hunde en el caos de todos los vicios, de todas las ingraticudes, de todos los perjuros.

El jesuita, el hombre sin voluntad propia, el que no tiene familia, tiene que ser el ave de mal agüero que lleve á todos los hogares la desolacion y el luto; y como nosotros deseamos la verdadera union de la familia, por esto no titubeamos en asegurar que el jesuita es el enemigo particular de la familia, y el jesuitismo el enemigo general que no perdona medio para alcanzar sus fines que es la absorcion de todas las voluntades.

Ya hemos presentado un ejemplo contando á grandes rasgos la horrible decepcion que ha sufrido uno de nuestros mejores amigos, que respetó siempre las ideas religiosas de su amada esposa, cuyo fanatismo y credulidad ha sido la desgracia de toda una familia.

El hombre no debe dejar que la madre de sus hijos se entregue ciegamente al culto de una religion; él debe educarla, debe advertirle los peligros á que se expone una mujer fanática; lo hemos dicho muchas veces y lo repetimos ahora: de nada sirve que el hombre sea libre pensador si la mujer pasa su vida en la iglesia supeditada á las órdenes de su confesor; la mujer casada debe ser toda de su marido.

España, que sin duda alguna es un pueblo que tiene que pagar grandes deudas aunque no sea mas que por el ensañamiento que ha tenido siempre en las persecuciones religiosas, hoy alberga y protege á la Compañia de Jesús, y la familia española está amenazada de males gravísimos; la influencia del Jesuitismo es innegable, los jesuitas van adquiriendo lo que necesitan, que es inspirar confianza y disponer de cuantiosas sumas; en todas partes levantan edificios para la enseñanza, y no olvidemos lo que decia Leibnitz: *El que tiene la escuela tiene el mundo*. Como si no fueran bastante los legados de los moribundos, hombres acaudalados les ofrecen una parte de su fortuna; últimamente el marqués de Comillas les ha ofrecido levantar en el pueblo de su titulo un suntuoso edificio dotándolo con las rentas necesarias y destina lo á educar 100 jóvenes pobres y sobresalientes. Es decir, (como dice muy bien un escritor) arrancar á la miseria gran número de inteligencias para ponerlas al servicio del jesuitismo por medio del agradecimiento.

Esta invasion jesuítica es peor que la de los bárbaros del Norte; la Compañia de Jesús no emprende sus ataques tocando la trompa bélica, ni haciendo relinchar ni piafar á sus bridones, entra como la mansa oveja que lanza lastimeros balidos arrojada de su aprisco, y haciendo el papel de víctima es como el jesuita se introduce en el seno de la familia, acariciando al pequeñuelo, compadeciendo á la mujer, y si es menester favoreciendo la industria del marido, para luego dominar las conciencias de los crédulos á su placer y de su fatal influencia, no está libre ninguna clase social, para ellos todos los seres le son útiles, desde el jefe de una nacion hasta el vendedor ambulante, desde la Superiora de un convento, hasta la desdichada meretriz; por esto damos la voz de alerta á la familia española, porque aunque para los jesuitas llegará el dia profetizado, y se verán como decia el Arzobispo de Dublin, *sin lugar fijo en la tierra, y un judío hallará mas amparo que un jesuita*, mientras llega esa época, ellos irán haciendo su trabajo, que como decia Antonio Arnaud, *espíritus tan inquietos nunca están ociosos*, irán destruyendo el amor de la familia, fomentando la anarquia social, y esto es lo que debemos evitar nosotros, su influencia en la familia, no confiándoles la educacion de nuestros hijos, ni la direccion espiritual de nuestras mujeres, ni aceptando su cooperacion y proteccion en nuestras industrias, empresas ó negocios.

Para los niños hay profesores láicos, á las mujeres les basta su marido, su padre ó su hermano para dirigirlas, y las que no tienen familia tienen su razon, que Dios no deja á nadie desamparado en la tierra; y el hombre que quiere trabajar no necesita de nadie, se basta á sí propio. Los yankées tienen un aforismo que encierra en breves frases la mision del hombre en este mundo, ellos dicen así: No esperes nada de nadie, sino todo de ti mismo. Y verdaderamente, el progreso del espíritu no se realiza sino por el trabajo que por sí

propio hace; todo ser lleva en su inteligencia la fuerza motora que ha de dar movimiento á su vida; no busquemos apoyo en una asociacion que conspira contra lo mas sagrado que hay en la tierra. Los que no respetan la paz de la familia son deicidas, porque la familia es el templo donde el hombre cumple los preceptos de Dios!

Por la familia el hombre crece y se multiplica, y Dios nos dijo: *creced y multiplicaos.*

Por la familia ama el hombre á su prógimo, y Dios le dijo *ama á tu prógimo como á ti mismo.*

Por la familia se asemeja el hombre á Dios, porque dá vida á sus hijos, difunde la luz entre ellos, y trabaja la tierra para darles el pan de cada dia.

Sobre el nido de la familia española agita sus alas el águila del Jesuitismo. ¡Españoles! recordad que la sombra de sus alas, es fatal como la sombra del Manzanillo!

¡Madres de familia! si amais á vuestros pequeñitos, rechazad en absoluto la influencia del Jesuitismo! hora es ya que el fanatismo religioso deje de dominar á la mujer!

¡Mujeres del siglo XIX! ¡huid de las sombras del pasado! que ya alborea en Oriente el Sol del progreso con su satélite la caridad!

Rezad, meciendo la cuna de vuestros hijos!

Confesaos con vuestro esposo! cumplid con todos vuestros deberes, y así practicareis la verdadera religion!

La mujer dentro de su hogar es el primer sacerdote del mundo!

¡Madres de familia! ¡arcas santas del linaje humano! ¡Yo os saludo y os envío, un ósculo de paz!

A MI AMIGO M. N.

Varias veces me ha suplicado V. le dedique algun escrito; y, tratando de complacerle, doy publicidad al presente con objeto de atacar la presuncion de algunos jóvenes que deseo ver marchar por vía distinta á la que siguen; y convencida que V. está animado de los mismos sentimientos que yo, y es acérrimo defensor de los principios morales, no dudo que le gustará ver atacado el vicio; y con tal motivo dirijo á V. estas líneas, no dudando que las leerá con gusto, en razon á que ellas son la genuina representacion de mis ideas.

LA POBREZÁ DE LA HUMANIDAD.

¡Cuán grande es la presuncion de algunos jóvenes, amigo mio! Es necesario observar la sociedad, ver y estudiar uno á uno sus individuos, medir sus acciones con la medida de la razon, para exclamar despues: ¡Qué pobre es todavía la humanidad! ¡Cuán dignos de lástima son esos séres que creen merecerlo todo y llamar la atencion del resto del mundo!

Muchos son los vicios de la sociedad en que vivimos; pero uno sobre todo, uno, hijo del orgullo, es el que hoy por hoy está de moda, si así puede decirse, cual es la presuncion del propio valer. Muchos, repito, son los individuos que poseidos del propio mérito, cometen acciones tan degradantes, que si ellos pudieran verse por un instante así mismos con sus propios ojos, se avergonzarian de admirar las bajezas que al abrigo de ese imaginario mérito cometen. ¡Oh, cuán pequeño es el hombre que se ensalza así mismo!

Bastante lástima dá á la vista escrutadora ver esos séres, pígemeos del infinito, lepra de las sociedades, escarrio de las familias, sombras del hogar doméstico y Tenorios de nuestra época, que al fin son descubiertos, porque estamos en el siglo de la luz, y ésta penetra hasta lo íntimo de la conciencia. Perdonémosles; pero descubramos sus faltas, quitemosles la careta donde quiera que les hallemos, y de este modo evitaremos á la sociedad un cúmulo de sufrimientos.

Las faltas de nuestro prójimo nunca deben manifestarse, á menos que no sea para *corregirlos*, segun dice la *moral religiosa*; pero como esos séres de que trato no se corrigen sino es arrancándoles el antifaz á fin de que no hallen á quien engañar, y solo dejan su vida cuando no están entre gente cándida que les oiga, léjos, muy léjos de faltar á aquel deber moral, con él cumplimos, poniendo de manifiesto la pobreza de la humanidad y la pequeñez inmensa de algunos individuos que, creyéndose grandes, se presentan tan ínfimos á nuestros ojos, que necesitamos usar un microscopio para estudiar su naturaleza. ¡Oh miserias humanas! ¡Cómo conducís al hombre á un terreno tan resbaladizo como es el de la presuncion!

El hombre presuntuoso siempre está expuesto á resbalar y.. ¡ay de él en su caída!
 Generalmente en el terreno amoroso es donde se conoce más y más al hombre que presume de sí mismo. Las jóvenes tienen imprescindiblemente que aparecer ante ellos con un carácter circunspecto, pues de lo contrario cuenten las infelices que son calumniadas: si les sonrien, están perdidas por ellos; si les hablan con afecto, es que las enamoran; y como van cubiertos con la máscara de la hipocresía, y la joven inexperta no adivina su malicia, he ahí que las pobres mujeres tenemos que aparecer ante la sociedad serias para no dar lugar á ser calumniadas; y no sólo nosotras tenemos que aparecer serias, sinó que los jóvenes de buena fé, que aprecian sus amigas, habrán de quedarse sin oír su amistosa conversacion y sin verlas desplegar sus lábios con una sonrisa.

Y todavía mas: las casadas tienen que andar con mucha cautela, porque si se quiere están algo mas expuestas que las solteras. ¿Y la que tenga su novio? ¡Pobre de ella! ¡Cuántos lazos entretregidos con el amor mas puro, no han deshecho esos seres indignos de ser admitidos en la sociedad! Ellos creen que las mujeres tenemos el corazon en la mano para darlo al primero que llega; y que estando ellos adornados con las virtudes que se suponen aun ántes de dirigirnos una mirada, buscamos el medio de hacerles dueños de nuestros carazones. ¡Nécios! No conocen que cuando el alma ha enlazado con lazos de amor sagrados á otra alma, y que cuando el corazon se ha regalado y con él nuestro pensamiento, los dardos que á aquel se dirigen, son tirados al espacio y se pierden en lo infinito, puesto que el corazon se convierte en altar donde la imágen de otro corazon se graba y es necesario herir á los dos para rendir á uno.

Esos seres mezquinos aún no se conforman con introducir la discordia entre otros dos seres nobles y generosos, nó; no están satisfechos con herir las fibras mas delicadas del corazon humano, sino que tambien se presentan ante la sociedad triunfantes con el lauro de la batalla ganada, haciendo alarde de deferencias de que no han sido objeto, y de favores que no han existido ni en la mente de los seres aludidos.

Nosotras, al contemplar esos individuos, á los cuales no se puede sonreir, sentimos compasion; pues les vemos tan sumamente pequeños, que no es posible analizarlos con solo la vista del hombre; pero no crea nuestro amigo ni nuestros lectores, que por ellos dejamos de sonreir y ser cariñosas con nuestros amigos, nó; nosotras tenemos el sistema de procurar la tranquilidad de conciencia y dejar á la humanidad que siga la senda que guste; á los necios que crean lo que quieran, pues ya se irán convenciendo poco á poco de que sus creencias son vanas quimeras y concluirán por avergonzarse de sí mismos.

Termino, amigo mio, este artículo, con un verso, pues ahora recuerdo tambien me suplicó V. le dedicase algunos; y como el siguiente corrobora lo que ántes he dicho, espero que V. enristrará su péñola y con gusto me ayudará en sus escritos á robustecer el tema que me he propuesto, que no es otro que atacar los vicios donde quiera que asomen con objeto de imponerse; y al efecto, conmovida canto:

¡Nécios que tanto abusais
 Del candor de la mujer!
 ¿Qué habeis podido creer?
 ¿Por qué tan mal la tratais?
 Si por acaso ignorais
 Las reglas de urbanidad,
 Y una sencilla amistad
 Os hace ver ilusiones,
 Medid bien los corazones;
 Juzgad con mas piedad.

SIMPLICIA ARMSTRONG.

Suscripcion á favor de un espiritista desgraciado.

Suma anterior, 2 ptas.—De un espiritista de Mataró, 5 ptas.—De Pamplona, 2 ptas.—De D. Anselmo Herrero, 1 pta.—De un espiritista de Sans, 1 pta.—De un espiritista, 2 ptas.—De un espiritista, 2 ptas.—De uu espiritista, 1 pta.—De un espirita, 2'50 ptas.—Total, 18'50 ptas.

SAN MARTIN DE PROVENSALS.—Imprenta de Juan Torrents, Triunfo, 4.